
La vida exige ser narrada

Life demands to be told

JORGE PEÑA VIAL

Instituto de Filosofía
Universidad de los Andes
Santiago (Chile)
jpena@uandes.cl

Abstract: This essay takes as its starting point the works of Paul Ricoeur on narrative, specifically his essay “Life: A Story in Search of a Narrator.” This essay analyzes: 1) the teleological structure of all narrative, especially the critical importance of the end in all storytelling analogous to the end of life that occurs at the time of death. (2) the manner in which organization and configuration of the plot is organized around what I call acts of radical freedom: crucial and relevant acts of life itself, full of past and future, which give orientation and meaning to temporality. Man needs to talk about his life in order to live it with understanding.

Keywords: Narrative, identity, plot, radical freedom, end.

Resumen: La línea directriz de este trabajo la inspiran las obras de Paul Ricoeur en torno a la narración y, específicamente, su ensayo “La vida: un relato en busca de narrador”. Pretendo en este ensayo continuar lo que Ricoeur dejó inconcluso y para ello analizar: 1) la estructura teleológica de toda narración, la importancia decisiva del fin, tanto en toda narración como en el fin de la propia vida que se da en el momento de la muerte. 2) Mostrar cómo la organización y configuración de la trama se organiza en torno a lo que llamo actos de libertad radical, actos decisivos y relevantes de la propia vida, cargados de pasado y futuro, que son los que imprimen a la temporalidad orientación y sentido. El hombre necesita contar su vida para poder vivirla comprendiéndola.

Palabras clave: Narración, identidad, trama, libertad radical, fin.

RECIBIDO: JUNIO DE 2013 / ACEPTADO: MARZO DE 2014

La línea directriz de este trabajo se inspira en las principales obras de Paul Ricoeur en torno a la narración¹ y, específicamente, su ensayo “La vida: un relato en busca de narrador”. Allí sostiene:

De siempre ha sido conocido y se ha dicho que la vida tiene que ver con la narración; hablamos de la historia de una vida para caracterizar el intervalo entre nacimiento y muerte (...) A esta relación entre relato y vida, quisiera aplicar la máxima de Sócrates según la cual una vida no *examinada* no es digna de ser vivida².

Sin embargo este es un asunto que Ricoeur simplemente sugiere en ese ensayo y que propiamente no desarrolla. He dicho se inspira, porque quisiera continuar lo propuesto por Ricoeur, yendo más allá de él y teniendo en cuenta lo que he propuesto en *Poética del tiempo: ética y estética de la narración*³. Para ello, abordaré dos cuestiones cruciales a la hora de establecer la trama narrativa: 1) la estructura teleológica de toda narración, la importancia decisiva del fin, tanto en toda narración como en el fin de la propia vida que se da en el momento de la muerte. 2) Mostrar cómo la organización y configuración de la trama se organiza en torno a lo que llamo actos de libertad radical, actos decisivos y relevantes de la propia vida, cargados de pasado y futuro, que son los que imprimen a la temporalidad orientación y sentido.

-
1. Para el estudio específico de Ricoeur se debe tener en cuenta, sobre todo, sus tres volúmenes de *Tiempo y Narración*: I *Configuración del tiempo en el relato histórico* (Cristiandad, Madrid, 1987), II *Configuración del tiempo en el relato de ficción* (Cristiandad, Madrid, 1987) y III *El tiempo narrado* (Cristiandad, Madrid, 1987); asimismo *Historia y narratividad*, (Paidós, Barcelona, 1999) y *La función narrativa y el tiempo* (Almagesto, Buenos Aires, 1992).
 2. P. RICOEUR, *La vida: un relato en busca de narrador*, “Agora - Papeles de Filosofía” 25/2 (2006) 9-22.
 3. Cfr: J. PEÑA VIAL, *Poética del tiempo: ética y estética de la narración* (Universitaria, Santiago de Chile, 2002) 68-90; 139-149. En este libro se analizan las principales filosofías de la narración, a saber, la de Hannah Arendt (72-84), Alasdair MacIntyre (91-100), Charles Taylor (112-121), Martha Nussbaum (101-111); el papel de la narración en teóricos de la historia como Louis Mink y Hayden White (22-32) y de teoría literaria, sobre todo George Steiner (53-68) y Claudio Magris. Sin embargo el que ofrece el marco referencial que permite abordar de modo unitario las filosofías de la narración es Paul Ricoeur (18-21; 39-41; 165-178).

1. EL PAPEL DEL FIN EN TODA NARRACIÓN

La concepción lineal temporal —distinta a la cíclica, de filiación helénica— deriva de la tradición judeo-cristiana; comienza con el principio (“En el principio Dios creó...”) y termina con una visión del fin (“Amén, sí, ven, Señor Jesús”). El primer libro es el Génesis, el último, el Apocalipsis. Es una estructura enteramente concordante, con un fin en armonía con el medio, y un medio entre el principio y el fin. Este paradigma del fin está inscrito en nuestra mentalidad, y a ello se refiere Kermode cuando escribe:

Los hombres, al igual que los poetas, nos lanzamos “en el mismo medio” *in medias res*, cuando nacemos. También morimos *in mediis rebus*, y para hallar sentido en el lapso de nuestra vida requerimos acuerdos ficticios con los orígenes y con los fines que puedan dar sentido a la vida y a los poemas. El Fin que imaginan los hombres reflejará sus irreductibles preocupaciones intermedias. Lo temen, y dentro de lo que podemos juzgar, siempre lo temieron. El Fin es una figura para su propia muerte⁴.

En toda narración hay un hambre de conocer el fin, pues éste es el que concluye la narración y, a su luz, todo tiene sentido. Las abundantes *peripeteia*, incidentes o peripecias de la acción, de las que habla Aristóteles, sólo tienen sentido en función del desenlace. El foco del interés y atracción de toda narración estriba en el final, polo o imán en torno al cual se articula el entero desenvolverse del relato. Por ello, los niños, y no sólo ellos, se rebelan o sus expectativas se ven frustradas cuando no se les cuenta el final.

El fin está presente en todo momento como orientación teleológica en la totalidad de lo narrado. Es el final el que hace inteligible la trama puesto que sólo a partir de él o desde allí —igual que acontece con la vida en las instancias finales— puede verse la vida o lo narrado como una totalidad. Mientras leemos, anticipamos y vamos vislumbrando de alguna manera potencial, implícita o meramente

4. F. KERMODE, *El sentido de un final* (Gedisa, Barcelona, 1983) 18.

tentativa, el final; asimismo sólo desde el final vemos adecuadamente el comienzo y comprendemos con plenitud el transcurso de lo narrado. Quizás el auge que ha experimentado la lectura de novelas se deba a la necesidad, acentuada por un escepticismo y nihilismo cultural, de encontrar sentido al mundo y a la propia vida, de conocer vidas que impliquen cierta coherencia entre principio, medio y final.

Para ilustrar la importancia del fin respecto del sentido y el significado del discurrir temporal, puede ser útil recurrir a una distinción —ya consagrada entre los teólogos y los exegetas del Nuevo Testamento— entre *chronos* y *kairos*. Kermode apela a Oscar Cullmann⁵, John Marsch y Paul Tillich para usufructuar de esta distinción. Mientras Tillich habla de *kairos* para significar de modo oscuro “momento de crisis” o “destino del tiempo”, Cullmann utiliza las palabras *chronos* y *kairos* en su sentido más histórico y bíblico (“Aún no ha llegado mi tiempo”, discernir “el signo de los tiempos”). En este sentido *chronos* es el “tiempo que pasa” o “tiempo de espera”, el que según la Revelación “ya no será”. En cambio *kairos* es el momento propicio, la estación, un punto en el que el tiempo está lleno de significación y cargado de sentido precisamente por su relación con el fin. Por un lado tenemos el simple tiempo en su homogéneo y constante discurrir temporal (*chronos*), y por otro, el tiempo decisivo del advenimiento de Dios, el cumplimiento del tiempo (*kairos* Mc. 1,15) y el de los signos de los tiempos (*kairos* Mt., XVI, 2, 3). Para este último sentido de lo temporal la noción de cumplimiento (*pleroma*) es del todo esencial, porque es el *kairos* quien transforma el pasado, da validez a los tipos y profecías del Antiguo Testamento y establece la concordia con los orígenes y los fines. En la ficción narrativa y en la narración histórica se tienen en cuenta estas distintas significaciones de lo temporal, y lo que se narra son precisamente esos momentos *kairóticos* que otorgan sentido a la totalidad temporal. Se requiere saber discernir entre la simple cronicidad y aquellos tiempos que son más decisivos y plenos. Son en esos momentos cuando ejercemos lo que llamo la *libertad radical*, es decir aquellos instantes en que decidimos en el presente cuestiones decisivas para nuestro futuro (elección de una vocación, misión, profesión, mujer,

5. Cfr. O. CULLMANN, *Cristo y el tiempo* (Estela, Barcelona, 1968).

etc.). Nuestra noción del tiempo incluye *chronos*, *kairos* y también *pleroma*. Estos dos últimos se constituyen en contraposición con la mera sucesividad precisamente por tener una relación decisiva respecto del fin. Sólo desde el fin y el final se puede determinar el *kairos* y, obviamente, es el final quien constituye y da lugar al *pleroma*.

A la hora de articular y configurar una trama —aquella síntesis de lo heterogéneo como fue definida por Ricoeur— se deja de lado la mera cronicidad o sucesividad, la temporalidad propia de lo real. Necesitamos fines, *kairos* y *pleroma*, más aun hoy, cuando cierto nihilismo ambiental parece haber penetrado la literatura o a la inversa, la literatura nihilista ha impregnado los ambientes, y hace que experimentemos la historia del mundo y de nuestra vida bajo la forma desordenada e interminable de la mera sucesión. Al respecto comenta Kermode: “No es que seamos grandes *connaisseurs* del caos, sino que vivimos rodeados por él y sólo contamos con nuestros poderes de producir ficciones para coexistir con él”⁶. En la confección de la trama se huye de la mera sucesividad, de esa sucesividad vacía de todo *kairos* y *pleroma*. Esta carencia de momentos kairóticos y total ausencia de finalidad está bien ha reflejado en la monumental obra de Musil *El hombre sin atributos*⁷, interminable y sin fin.

La ficción narrativa tiene la virtud de presentarnos itinerarios existenciales concluidos o trayectorias vitales ya terminadas. En cambio nuestras propias vidas permanecen abiertas puesto que su cierre y fin aún no ha llegado. Y aunque esta formulación suene algo pedante, nos hace ver que el *chronos* de nuestra cotidianidad está constitutivamente abierto, es susceptible de *kairos* y de un encaminamiento más decidido hacia su *pleroma*. El arte y la poética narrativa suelen ofrecernos esa densa condensación de vida, ese tiempo pleno de significación y sentido. En ese tiempo ficticio, que trasciende la temporalidad meramente sucesiva, la vida parece concentrada en sus momentos cruciales de libertad radical y de intensidad *kairótica*, e invitan al lector a participar con todas sus facultades (inteligencia, afectos, imaginación, sentidos) e implicarse vívidamente en lo narrado.

6. F. KERMODE, *op. cit.*, 67.

7. R. MUSIL, *El hombre sin atributos* (Seix Barral, Barcelona, 2004) 2 vols.

La poética narrativa nos presenta, a través de una trama que configura la totalidad de su devenir temporal, trayectorias vitales condensadas en esos momentos decisivos y cruciales. Junto a esta concentración de vida procurada por el arte poético y posibilitada por referirse al *kairos* y a un *pleroma* propio de una temporalidad teleológicamente orientada, se da igualmente, un decantamiento en lo esencial de los hechos narrados para que nada distraiga o disperse la atención conducente al desenlace. Ricoeur observa que:

Volver a contar una historia revela mejor esta actividad sintética que funciona en la composición, en la medida en que nos sentimos menos cautivados por los aspectos inesperados de la historia y prestamos mayor atención a la forma según la cual ella se encamina hacia la conclusión⁸.

Ninguna narración puede evitar lo que Aristóteles llama “acción completa”. Se podría decir que existe la necesidad psicológica de articular los acontecimientos en una trama universal, de ordenarlos y situarlos en un esquema temporal o causal que tenga principio, medio y fin. Para ello hay que establecer un límite que haga del tiempo algo finito y abarcable. Los segmentos de tiempo que no están puntuados por un significado derivado del final son ininteligibles y difíciles de soportar. Y los finales, son verdaderamente finales, cuando transfiguran los hechos en los que ya estaban presentes de modo latente.

En la visión cristiana de la temporalidad —que excluye la tragedia— hay un más allá del tiempo que permite ver la concordancia de pasado, presente y futuro, el sentido del mal, del pecado, de las dificultades. Todo el enrevesado entramado de lo temporal es visto, o esperamos verlo, como Dante, desde la eternidad. En cambio, en las tragedias, ya sea clásica o contemporánea, el tiempo es una transición sin fin de una condición miserable a otra, “una pasión sin forma ni estaciones”, que no terminará en *parousia* alguna. La tragedia nos dice que aunque el mundo clame por formas y estaciones y apocalipsis, lo único

8. P. RICOEUR, *La vida* cit., 45.

que obtendrá es vana temporalidad sucesiva. Beckett, cual teólogo de la ausencia, nos dice que el orden y el paradigma cristiano es cosa del pasado, ya ha sido cancelado y no puede brindar utilidad alguna. Los Rooney —en *Esperando a Godot*— se desternillan de la risa cuando leen en el Púlpito del Camino que el Señor sostendrá a los que caen. En un mundo carente de la forma que otorga el final irrumpe el sin sentido del absurdo y la amargura, que no raras veces, como en el caso de Beckett, está dotado de un lúcido escepticismo desmitologizador. Lo propio de la tragedia es una temporalidad cerrada e inmanente. No hay ningún más allá del tiempo que armonice las discordancias y otorgue un sentido al discurrir temporal.

A la hora de otorgar significación al devenir temporal hemos considerado el papel crucial que juega el fin. Ello tanto en la construcción de la trama como en la orientación de una vida. Entre ambos aspectos, entre lo narrado y lo vivido, se da un curioso entrecruzamiento, un influjo recíproco y circular. Siguiendo a Ricoeur, y en alguna medida a Taylor y a MacIntyre, podemos apreciar que tenemos una comprensión narrativa de nuestra propia existencia: “Mi vida siempre tiene un grado de comprensión narrativa; yo entiendo mi acción presente en la forma de un ‘y entonces’: ahí estaba A (lo que soy), y entonces hago B (lo que proyecto llegar a ser)”⁹. En esta misma dirección se mueve Higinio Marín cuando resalta que la proyección narrativa de la existencia humana es la forma más apropiada para su comprensión:

La cuestión no es, pues, que el hombre sea el único animal que cuenta historias; sino que es el único que necesita contar su vida para poder vivirla como propia comprendiéndola. La vida del hombre segrega y recibe el sentido en forma de historias, de relatos con los que la vida se expresa al tiempo que se hace aprehensible en un preciso sentido: como mía y como humana. Vivimos para contarla porque contamos historias para poder vivirlas. [...] Contar la propia vida es recontar o inventariar nuestro nombre: sustanciar (en el plano biográfico) lo que nos

9. CH. TAYLOR, *Fuentes del yo* (Paidós, Barcelona, 1996) 64.

ha pasado, hemos hecho y dicho en un relato cuya urdimbre es el “yo”, el sí mismo de cada uno¹⁰.

Seguramente la comprensión de mi vida y la estructuración de mi identidad se configure de modo narrativo, pero podría objetarse que una cosa son las narraciones y otra distinta la vida, unas se relatan y leen y la otra se vive. Además el talante vital postmodernista suele complacerse en el carácter puntual, fragmentario y disperso de un vagabundeo existencial carente de rumbo y de meta. Pero es un hecho que tener presente la narrativa de nuestra vida ayuda a otorgarle cierta significación y unidad de sentido, a darle un carácter más reflexivo, infundirle forma y coherencia al devenir temporal. Ayuda a poner por obra la máxima de Sócrates, según la cual, una vida que no es analizada o examinada no es digna de ser vivida.

La articulación de lo narrado en la propia vida no se da en la forma de una mera relación circular, sino que siempre ha estado mediada por las innumerables narraciones que hemos leído o en las que hemos estado insertos. Nuestra experiencia vivida ha estado mediatizada por las historias que hemos oído y leído, e incluso, muchas veces son esas mismas narraciones las que nos han proporcionado el guión para su despliegue real y temporal. Incluso “de esta manera —apunta Grimaldi— podemos comprender que no entendemos el amor de las novelas al habernos enamorado previamente, sino al contrario: es al habernos enamorado tantas veces en las novelas como hemos aprendido a querer”¹¹. Lo mismo dirá Ricoeur, pero en términos más abstractos y técnicos: “La literatura narrativa, entre todas las obras poéticas, modela la afectividad práxica tanto por sus desviaciones como por sus paradigmas”¹².

10. H. MARIN, *De dominio público* (Eunsa, Pamplona, 1997) 30. Como ha dicho Jorge Vicente Arregui “el sólo procedimiento de los mortales para establecer su identidad es contársela, narrarse a sí mismos su vida” (Ibidem).

11. N. GRIMALDI, *El aprendizaje de la vida a través del cine y la literatura*, “Nuestro Tiempo” diciembre (1994) 124.

12. P. RICOEUR, *Tiempo y narración I* (Cristiandad, Madrid, 1987) 156.

2. LA VIDA COMO BÚSQUEDA DE UN RELATO QUE LA CONFIGURE Y EXPLIQUE

Contrariamente al socorrido aforismo o proverbio popular, ya apuntado, según el cual las narraciones se relatan y la vida se vive, creemos que no existe un hiato tan insalvable entre las narraciones y la vida. Ahora también cabe observar que, dada la estructura temporal de la vida, también es falso la otra parte del aforismo según la cual la vida se vive y no se narra. Es la misma vida la que se organiza y se integra en una duración temporal con sentido justamente en la medida en que pueda ser articulada unitariamente en una trama que le otorga continuidad, y por ello la hace una vida digna de ser narrada. Y como ya lo había advertido Ortega, la vida humana deja de ser un mero fenómeno biológico en la medida en que es biográfica, en tanto que es integrada e interpretada a través de una narración. “¿En qué consiste la unidad de la vida individual? —pregunta MacIntyre— La respuesta es que dicha unidad es la unidad que tomó cuerpo en una vida particular”¹³. Y ¿en qué consiste la unidad e identidad del yo? La unidad del yo “consiste en la unidad de una narrativa que liga el nacimiento con la vida y con la muerte, como el inicio de una narrativa lo hace con el medio y con el fin”¹⁴.

En la narración de la propia vida, la ficción desempeña un considerable papel mediador. A través de las narraciones comprendemos lo que significa proyecto, objetivo, estratagema, ingenio, astucia, éxito, fracaso, medio, circunstancia, etc., es decir toda una semántica de la acción. Y dado que nuestra existencia es constitu-

13. A. MACINTYRE, *After Virtue* (University of Notre Dame Press, Indiana, 1984) 218; Cfr. J. PEÑA VIAL, *Poética del tiempo* cit., 91-100; L. FIGUEREIDO, *La filosofía narrativa de Alasdair MacIntyre* (EUNSA, Pamplona, 1999) ha mostrado como el concepto de narración en MacIntyre es deudor de Ortega y Gasset y de Julián Marías.

14. A. MACINTYRE, *Ibidem*, 205. En el decurso del debate en torno a Nietzsche que MacIntyre mantiene con Derek Parfit, Deleuze, Foucault y De Man sobre el tema de la autoría y de la misma identidad personal, MacIntyre cita la afirmación de Parfit de que “la identidad personal no es lo que importa”, y comenta que tal afirmación es típica de una cultura *desintegrada* como es la cultura de la postmodernidad. Cfr. M. FOUCAULT, *Qu'est-ce q' un auteur?* “Bulletin de la Societe Française de Philosophie” LXIV (1969) 77-78. En *Tres versiones rivales de la ética* (Rialp, Madrid, 1992) 81 y 254 hace referencia a ese artículo.

tivamente temporal, se puede hablar de la cualidad pre-narrativa de la experiencia humana. Dirá Ricoeur que “Es gracias a ella que tenemos el derecho a hablar de la vida como una historia en estado naciente y, por lo tanto, de la vida como una actividad y una pasión en búsqueda de relato”¹⁵. Hay historias o sucesos de nuestra vida y de quienes conocemos que no sólo piden ser contadas sino que de alguna manera exigen que sean narradas. Esta demanda de narración la experimentaron los discípulos de Sócrates y, de alguna manera, todas aquellas personas que estuvieron cerca de los grandes hombres, quienes sienten la necesidad de que ese legado quede registrado en la historia y en la memoria de los hombres. Experimentan que han contraído una deuda y que por gratitud y justicia deben narrar esas vidas de héroes, genios, sabios y santos que tan profundamente los marcaron en su existencia. Pero no hace falta referirse sólo a los grandes hombres, a lo heroico y lo grande, a relatos que exigen ser contados para que no desaparezcan del horizonte de los hombres, sino que sin abandonar nuestra experiencia cotidiana y las menudencias que la constituyen, notamos que estamos inclinados a ver en el encadenamiento de hechos en nuestra vida relatos que aún no han sido narrados, narraciones que requieren ser contadas, historias que ofrecen un buen punto de partida para el relato. Pues según Karen Blixen:

El mundo está lleno de historias, de hechos y ocurrencias, de sucesos extraños que sólo aguardan a ser contados, y la razón por la cual, por lo general, estos hechos no son relatados es, según Isak Dinesen, la falta de imaginación: pues sólo si puedes ser imaginativo con lo que de todas maneras ha sucedido, repetirlo en la imaginación, verás las historias, y sólo si tienes la paciencia de contarlas una y otra vez (“*Je me les raconte et reraconte*”) podrás llegar a contarlas bien¹⁶.

15. P. RICOEUR, *La vida* cit., 18.

16. H. ARENDT, *Hombres en tiempos de oscuridad* (Gedisa, Barcelona, 1992) 83; cfr. J. PEÑA VIAL, *Poética del tiempo* cit., 72-86.

Ricoeur se pregunta: “¿No estamos inclinados a ver en tal secuencia de episodios de nuestra vida *estas historias aún no narradas*, historias que demandan ser narradas, historias que ofrecen puntos de anclaje al relato? No ignoro cuán incongruente es la expresión ‘historia aun no narrada’”¹⁷. Ello supone aceptar la noción de narración o relato en estado potencial. Ricoeur se apoya en los escritos de Roy Schafer, quien ha reinterpretado de modo muy sugerente el psicoanálisis a partir de la teoría narrativa¹⁸, para mostrar que es del todo congruente hablar de una narración aún no contada. El paciente al ser atendido por el psicoanalista le suministra fragmentos de historias vividas, sueños, episodios conflictivos, escenas primitivas. Se podría decir que el objetivo de le psicoanalista a través de las sesiones es que el analizado elabore por sí mismo y para sí mismo, a partir de esos fragmentos de historia, un relato o narración que le resulta a la vez más soportable e inteligible. Lo que enseña la perspectiva adoptada por Schafer acerca de la terapia freudiana, consiste en proporcionar reglas para volver a narrar la historia de la propia vida, de modo que el sujeto pueda hacer suyas las historias no contadas y reprimidas, integrarlas a la trama de su itinerario vital y sepa también reconocerlas y apreciarlas como constitutivas de su identidad personal.

Contamos historias —concluye Ricoeur— porque, al fin y al cabo, las vidas humanas necesitan y merecen contarse. Esta observación adquiere toda su fuerza cuando evocamos la necesidad de salvar la historia de los vencidos y de los perdedores. Toda la historia del sufrimiento clama venganza y pide narración¹⁹.

No sé si venganza, pero sí justicia, y, desde luego, narración. Ello no sólo porque el sufrimiento de un pueblo o de una nación no puede caer en el olvido, sino también porque la misma narración permite sobrellevar y sobreponerse al sufrimiento. Hannah Arendt cuenta

17. P. RICOEUR, *La vida* cit., 19.

18. Cfr. R. SCHAFER, *A new Language for Psychoanalysis* (Yale University Press, New York, 1976); R. SCHAFER, *Langage et insight* (PUF, París, 1986); P. RICOEUR, *Tiempo y narración* I cit., 149.

19. P. RICOEUR, *Tiempo y narración* I cit., 150.

que ése fue el papel que jugaron las narraciones en la vida de Isak Dinesen (Karen Blixen 1885-1963):

Los cuentos salvaron su amor y los cuentos también salvaron su vida después del desastre. “Se puede soportar todo el dolor si se lo pone en una historia o se cuenta una historia de él”. La historia revela el significado de aquello que de otra manera seguiría siendo una secuencia insoportable de acontecimientos²⁰.

No siempre es pacífica la relación que mantenemos con la narrativa de nuestra vida, y no depende meramente del modo de contárnosla a nosotros mismos. Debemos aceptarla, quererla, asumirla: con sus heridas, traumas, humillaciones, traiciones y abandonos. Casi todos los pacientes que acuden a psicólogos y psiquiatras tienen un desorden amoroso de una clase u otra, y cada uno tiene una historia que contar sobre un amor frustrado, perdido, rechazado, traicionado o pervertido, o vinculado al despecho y a la violencia. Por los suelos de las consultas se derraman informes sobre relaciones rotas que necesitan ser recogidas, historias que requieren ser recompuestas. La gente llega allí con el alma hecha jirones y sin esperanzas. Algunos, patológicamente marcados por una infancia catastrófica llena de vejaciones, y por la historia traumática de sus progenitores. Pero el primer paso para que esas desafortunadas historias dejen de tener los efectos mórbidos que suelen traer consigo, es poder contarlas. Es volver a tener presente lo que aconsejaba Karen Blixen (Isak Dinesen) para enfrentar los duros sucesos de su vida: se puede soportar el dolor si se pone en una historia y se tiene a alguien a quien contársela. Esto último también es decisivo; tener a alguien a quien contarle nuestra historia. En este sentido me impresionó un hecho sencillo consignado por Diane Ackerman en el que se rescata lo mejor del psicoanálisis que, a mi entender, es su método narrativo:

Hace unos años, un vecino mío participó en una terrible escena. Jack, pastor presbiteriano y uno de los fundadores del Servicio de Crisis y Prevención del Suicidio, se enteró de que

20. H. ARENDT, *Hombres en tiempos de oscuridad* cit., 90.

un hombre estaba apuntando con una pistola cargada a su familia, y que amenazaba con matarlos a todos, matarse él y matar a cualquiera que se cruzara en su camino. Jack se apresuró a ir a la casa de aquél hombre. Se sentó junto a él y le dijo, tranquilamente: “Cuéntame tu historia”. Diez horas después, el hombre le entregaba la pistola. Este drama revela el núcleo del pensamiento freudiano: cada uno de nosotros tiene una historia, cada uno tenemos una pistola cargada que apuntamos hacia nosotros mismos. Después de horas, o años, de charlas dirigidas, la historia puede por fin contarse en su totalidad, y la pistola deja de ser una amenaza²¹.

3. NARRACIÓN EN TORNO A LOS ACTOS DE LIBERTAD RADICAL

Según la afirmación de la autora de *La condición humana*, la significación del itinerario de la propia vida se revela en la articulación de la trama narrativa sobre los hechos de nuestra existencia, pues de otro modo serían una mera secuencia de acontecimientos, sobre todo, si son difícilmente asimilables e incomprensibles en su dureza. El propio sujeto articula los hechos en torno a los acontecimientos de su vida que considera decisivos y fundamentales, aquellos que han sido gravitantes en la dirección que ha adoptado su vida. Serán esos núcleos significativos de la propia vida, los que han marcado nuestra personalidad e identidad y se han constituido en líneas directrices tanto por dar sentido a nuestro pasado como por encauzar el futuro de nuestro devenir temporal. Son los actos que son totalmente libres y, por tanto, íntegramente nuestros, aquellos que expresan verdaderamente lo que somos y queremos. Son los actos de libertad radical, de amor verdadero.

En esos instantes de determinación, cargados de futuro o de pasado, tenemos la impresión de estar más allá de la duración común. El acto de libertad radical puede estar cargado de futuro, cuando se pone en juego anticipadamente nuestra vida entera, en

21. D. ACKERMAN, *Una Historia Natural del Amor* (Anagrama, Barcelona) 162; Cfr. J. PEÑA VIAL, *Poética del tiempo* cit. 142.

decisiones que no admiten dilación, pues se asumen compromisos más o menos irreversibles y lo puesto en juego es mayor: elección de un cónyuge, de una profesión, de una vocación, de un partido. Esas decisiones instauran un nuevo tiempo y el problema en adelante será ser fiel al compromiso de un día, ser fiel a esa hora privilegiada y plena de libertad; fidelidad que no debe ser vista como la vuelta a lo primitivo sino conformidad con lo que es sustancial. Pero también ese acto de libertad radical puede estar cargado de pasado. Es el caso del último instante de nuestra vida que, aunque decidiéndose en el presente, es un instante cumulativo por excelencia. Después de ese instante, se trata de una vida ya definida, una sinfonía acabada, ha tomado forma y ya cabe un veredicto definitivo, si creemos que la vida debe ser juzgada.

La única manera de poder decir quiénes somos es narrando una historia de nuestra vida. Ahora bien, esa narración no es una mera acumulación de acontecimientos, puestos unos junto a otros, meramente sucesiva y sin discernimiento de aquellos actos de libertad radical que son precisamente los que sirven para configurar una trama narrativa que contiene principio, medio y fin y que es más o menos coherente y unitaria.

No todos los hechos son tan relevantes como para merecer el honor de ser contados. Los que sí lo merecen son aquellos actos que hemos llamado de libertad radical, pues es en torno a dichos actos, por su fuerza gravitante y decisivamente orientadora, la persona articula la trama narrativa de su propia existencia. Ellos le sirven y le valen para contarse su vida, lo que le ha pasado y le puede pasar. Son los ejes articuladores significativos de la trama narrativa; el sujeto se vale de ellos para estructurar lo narrado y contarse a sí mismo su propia vida. Si esos ejes significativos o aquellos actos de libertad radical se alteran, frustran o sufren cambios de orientación, el sujeto se verá obligado a configurar una nueva trama narrativa de su propia existencia, tendrá que instaurar nuevos actos de libertad radical que le sirvan de eje para la nueva configuración narrativa. Será el propio sujeto el que determine qué nuevos acontecimientos juegan un papel central y configurador de su trama narrativa. En este sentido, el sujeto siempre mantiene una distancia respecto de lo que le sucede y pasa, y no se limita a registrar una serie de acontecimientos

que simplemente le acaecen, sino que activamente determina qué hechos son los verdaderamente importantes y capaces de gravitar en su futuro.

El ejercicio concreto de nuestra libertad tendrá relevancia y grandeza según su grado de apertura y radicalidad. De otro modo la libertad decae en mera elección de trivialidades. Steiner, en un artículo sobre Europa del Este, se mostraba muy pesimista respecto a los intercambios que se mantiene con Occidente. A su entender estamos cambiando la promesa mesiánica marxista por otra promesa, la promesa californiana. Interrogado sobre ese artículo por un periodista y filósofo contestó:

Eso es. California no exporta lo que tiene de bueno sino el *kitsch*, el ruido, las hamburguesas, Disneylandia. La mayor Disneylandia del mundo se construirá a treinta kilómetros de París: ¡Y Francia quiere diez más! El ruido se organiza, se convierte en una constante en este mundo. La humanidad no imagina ya lo que es la vida desprovista de un ideal trágico. El marxismo, como el judaísmo, del que es una forma de herejía, al igual que la cristiandad, le dirigió un cumplido según el cual el hombre podría ser distinto, mejor. California le responde al hombre que sea como es, que disfrute de los vídeos, de su piscina, de las palmeras, de los Mac Donald, del sol. ¿Por qué no aprovechar lo que puede consumirse? Estoy contento de mi edad avanzada, una humanidad que carece ya de sed de ideal no me tienta en absoluto²².

La pérdida del ideal trágico, que la existencia se limite a un vagabundeo entre bagatelas, sin objetivos ni ideales, sin duda redundará en una trama no digna de ser narrada. Esa libertad carece de horizonte. Una vida que rechaza la trascendencia de los actos de libertad radical, que los vulgariza o trivializa, junto con vaciar la libertad, hace que esa vida sea difícilmente narrable por carecer de ejes significativos en torno a los que articularse o integrarse. El experimento de

22. G. STEINER, R. JAHANBEGLOO, *Entretiens* (Anaya&Mario Muchnik, Madrid, 1994) 152; Cfr. J. PEÑA VIAL, *Poética del tiempo* cit., 146-150.

Musil, al que hemos aludido, se acerca a esa experiencia que niega toda narración.

Lo que refleja la gran literatura son esos momentos de libertad radical. En toda vida humana hay unos instantes de detención o momentos estelares, en los que tenemos la impresión de estar más allá de la duración común. Entonces ponemos en juego de modo anticipado nuestra vida entera. El momento de la muerte es un ejemplo paradigmático de lo que es una opción radical y definitiva. En ese instante nos jugamos lo que somos y hemos querido ser. Asimismo ese momento crucial ha estado precedido por algunos compromisos que pueden ser más o menos irreversibles o revocables: elección de una profesión, de un cónyuge, de un partido, de una política, de una vocación, cuestiones que implicarán fidelidad o sustancial alteración del eje narrativo. Los momentos anteriores a ese acto de libertad radical será considerado preparación o simple prolegómeno para ese momento decisivo. La persona toma conciencia de que debe arriesgarse, embarcarse valientemente. No se puede escribir una historia o narración sin tener en cuenta esos instantes de riesgo que cambian la faz de las cosas. Pero, una vez adoptado el compromiso, el paso del tiempo y la rutina cotidiana puede carcomer la fuerza de ese instante estelar y kairótico de modo que pierda su anterior hechizo hasta degradarlo y asimilarlo a la mera duración común, dejando de ejercer su función orientadora y otorgadora de sentido. El relieve de una vida humana requiere que esos instantes no pierdan su carácter privilegiado y soberano de actos de libertad radical, que como focos de luz, iluminen y den sentido tanto al pasado como al futuro. El pasado ha sido cultivo y preparación para ese momento de libertad radical, y el futuro debe ordenarse en función del mismo²³.

Casi siempre el problema para quien ejerce su libertad radical consiste en hacer durar ese instante privilegiado, en ser fiel al compromiso de un día. La infidelidad lleva a cuestionar ese acto de libertad soberana, y tiende a degradar ese momento privilegiado porque se piensa que a partir del mismo se ha emprendido un camino equivocado. En este caso se intentará borrar el propio pasado, se lo considerará un lamentable error, un camino ilusorio, y, en de-

23. Cfr. J. PEÑA VIAL, *Poética del tiempo* cit., 147-148.

finitiva, pérdida de tiempo con respecto al nuevo giro que se quiere dar a la vida que ahora es la que verdaderamente interesa.

Desde el momento en que se acepta un compromiso se sabe de antemano que los seres y las circunstancias implicadas en él cambiarán, y esto en una medida que resulta del todo imprevisible. La fidelidad llevará a insertar todos los posibles cambios futuros en la línea de ese compromiso o promesa, será visto como el cauce en el que acontecerán todas las eventualidades futuras. La forma más sensata de mantener vivo el instante privilegiado será encarnarlo en la existencia, como una semilla hundida en la duración y llamada a germinar y desarrollarse a partir de una fuerza interior capaz de echar raíces. Es propio de la sabiduría tratar de renovar, mantener, promover y despertar esa hora privilegiada, esa hora íntima. Algo análogo acontece con los pueblos y las colectividades. El sentido de la fiesta en tantas tradiciones y religiones primitivas es la de rememorar esos momentos fundacionales y producir, a través del rito, el retorno de esos instantes privilegiados bajo una forma popular, regular, solemne²⁴.

Son estos actos de libertad radical los que articulan y constituyen la estructura narrativa de la existencia humana. Las biografías y vidas, de las que dan cuenta las narraciones, no se refieren a otra cosa que a los avatares de la libertad. Carecen de interés narrativo tanto los hechos necesarios e ineluctables en su despliegue y desarrollo, como el mero caos y desorden. Este último no es susceptible de ser narrado, a no ser que una trama los estructure y les de alguna forma que haga posible el narrarlos.

Tanto la narrativa de ficción como la biografía histórica no narra despliegues necesarios de acontecimientos previstos y encausados en rígidas leyes deterministas, sino precisamente se detiene en los accidentes, contratiempos y azares que bruscamente modifican, alteran y dificultan los proyectos inicialmente albergados. Frecuentemente se aprecia cómo a pesar de los pesares, dichos proyectos salen adelante, se hacen realidad o, por el contrario, son brutalmente abortados. Es que estamos sin cesar sumergidos en un mundo de accidentes que limitan nuestro ser y obstaculizan

24. Ibidem, 148.

nuestros proyectos. Pero gracias al elemento refractario de la realidad, la obra de arte que resulta de la propia vida llega a ser muchas veces más bella y madura de la que con ilusión, aunque ingenuamente, se anticipó en los comienzos. Todo ello en el entendido de que se es fiel a ese acto de libertad radical que de alguna manera ha orientado su futuro temporal. Si la persona quiere romper esa pauta básica y fundamental, se verá en la necesidad de reescribir la narrativa de su propia vida.

Supuesta esta fidelidad a un proyecto de vida marcado por algún acto de libertad radical, no se describe adecuadamente un acto libre si no se tiene en cuenta las dificultades provenientes de las adversidades y toda la constelación de azares y circunstancias que parecen conspirar contra lo que se ha decidido. Por momentos pareciera que existe un poder por encima de nosotros, rico en amor y en humor, que se divirtiese viendo que las metas que nos proponemos, nuestros proyectos o nuestros propósitos, son utilizados para fines que nos superan, nos sobrepasan, nos colman o nos dislocan. La historia y las narrativas están llenas de estas transmutaciones, alteraciones y modificaciones de un querer original. Colón va en busca de especies y encuentra un continente; Hitler quiere destruir el comunismo ruso, pero su peripecia histórica termina instalando a los rusos en Berlín; el Imperio Romano pretende aplastar el cristianismo, pero sus persecuciones contribuyen a su vigor e implantación. Ese poder irónico y desconcertante, rico en humor y amor, se divierte llevándonos unas veces más arriba, otras veces más abajo, en cualquier caso a una orilla diversa a la originariamente prevista en el proyecto, fijada en el cálculo, apuntada en la intención. Pareciera que a veces apunta a la purificación del proyecto, a que se despoje de elementos accesorios con los que inicialmente se encuentra asociado; otras veces a liberarnos definitivamente de una ilusión, de una visión romántica e ingenua de la realidad. Las narrativas de nuestra propia vida, en la medida que seamos fieles a la dirección que le hemos impreso a través de los actos de libertad radical, ponen de manifiesto estas estructuras, contratiempos y dificultades al momento de sacar adelante nuestros proyectos y esperanzas²⁵.

25. Cfr. J. PEÑA VIAL, *Poética del tiempo* cit., 151.

Esos actos de libertad radical se han adoptado y proyectado por encima del tiempo, con ignorancia de las vicisitudes a las que ese proyecto de vida se verá sometido en el tiempo real y concreto. Pero ahora ese ideal encarnado y esculpido en el tiempo tiene la densidad y plenitud de lo real, y es muchísimo más bello y maduro de aquel ideal que con ilusión e ingenuidad juvenil se anticipó imaginativamente en los comienzos.

La identidad narrativa del sujeto no es una tarea titánica y en solitario ejercida por un yo autónomo y poderoso que decide contarse a sí mismo lo que desea y le place. Lo hecho y realizado han ido dejando su huella y han ido forjando una determinada identidad. Con todo ello no se puede hacer magia, constituir arbitrariamente nuevos actos de libertad radical que simplemente supriman los anteriores, y articularse una trama narrativa a la medida de mis deseos y proyectos actuales. El asunto no es tan sencillo y las heridas del pasado, las quiebras de la identidad frecuentemente asociadas al fracaso de los proyectos vitales, no son tan fácilmente subsanables. La solución no radica en un mero volver a contarse la propia vida, ahora con un nuevo guión para su desarrollo, pues las cosas no ocurren en vano, dejan su huella, a veces heridas dolorosas, que cicatrizan con dificultad o permanecen abiertas para el resto de la vida.

Ante la muerte se da, para muchos, el acto de libertad radical por antonomasia, el último y decisivo acto libre de nuestra vida, la firma final que sella y define lo que hemos sido y somos. De ahí que la muerte sea la que finalmente viene a otorgar sentido y significación a una vida. Aunque consideremos que la vida carece de finalidad y sentido, ella es el fin y termina, lo queramos o no, por proclamarlo en las acciones de nuestra vida. Los acontecimientos de nuestra vida, cuando se ven a la luz de este acontecimiento decisivo, ponen de manifiesto lo relativo de su importancia real. Ricoeur opondrá al “ser-relativamente-ante-la-muerte” de Heidegger su “vivo hasta la muerte”²⁶: “Levinas —lo cita Ricoeur— es claro y firme con respecto al antes de la muerte, que no puede ser más que un ser-contrala-muerte”²⁷. Como atestigua Cathe-

26. Cfr. P. RICOEUR, *Vivant jusqu'à la mort* suivi de *Fragments* (Seuil, Paris, 2007).

27. P. RICOEUR, *La Mémoire, l'isolement, l'oubli* (Seuil, Paris, 2000) 470.

rine Goldenstein, quien acompañó a Ricouer durante los últimos diez años de su vida, para éste se trataba de “honrar la vida hasta la muerte”. Y en unas palabras enviadas algunas semanas antes de morir a su amiga apenas menos anciana que él (Marie Geoffroy), le escribe: “Desde el fondo de la vida surge un poder, que dice que el ser es ser contra la muerte”. Algunos días antes de su muerte dijo: “He entrado en el tiempo único”²⁸.

Con densa y significativa profundidad concluirá Spaemann:

Al morir no tenemos que entregar sólo la vida presente, que es algo que hemos hecho siempre y por tanto hemos practicado ya, sino también la pasada, que sólo es tenida en el recuerdo de los que siguen viviendo y se transforma poco a poco en la memoria colectiva de una comunidad de hombres. Así como dar es la verdadera preservación del tener, morir es el *actus humanus* por antonomasia. Y la anticipación del morir, saber que tenemos inevitablemente que entregar la vida, que es algo que la penetra y la estructura por completo, es lo que hace de ella una vida personal. La afirmación del *futurum exactum* es lo único que hace que lo presente devenga real en sentido pleno²⁹.

Así como los actos de libertad suponen un escoger y un aceptar, un hacer y un hágase, la estructura del morir tiene la estructura del padecer como acto. Receptores de la vida, la muerte es el momento en que la devolvemos libremente a quien nos la concedió. Es el momento en que inevitablemente consideramos la vida como una totalidad, en el que la totalidad del tiempo, según atestiguan quienes aseguran haber padecido la experiencia de la muerte, la totalidad

28. P. RICOEUR, *Vivo hasta la muerte*, epílogo de Catherine Goldenstein (FCE, Buenos Aires, 2008) 115-116.

29. R. SPAEMANN, *Personas. Acerca de la distinción entre “algo” y “alguien”* (Eunsa, Pamplona, 2000) 128. Anteriormente condenando el suicidio había dicho: “Matar no es morir y ser matado no es matar. El suicidio es la forma extrema de inidentidad humana. Por eso, y suponiendo que se hiciera libre y premeditadamente, Wittgenstein lo consideró como el pecado sin más. Al suicidarse no se ofrece la vida, sino que uno «se la quita». En el morir personal, actividad y pasividad no se apartan como extremos, sino que es la pasividad, el padecer la muerte, lo que se realiza como acto” (128).

de la vida, desfila a velocidad infinita ante nuestra conciencia. Los relatos de las personas que se han visto cercanas a la muerte o que, en el umbral de la misma, fueron reanimados, parecen sugerir que en la proximidad de ese instante crítico, la relación de la persona con el tiempo cambia de calidad y que la inminencia del porvenir absoluto provoca concretamente un reflujo global de todo el pasado en el campo presente de la memoria. Seguramente lo que desfila en aquellos momentos son los actos de libertad radical, aquellos hitos significativos y nudos esenciales que constituyeron el argumento central de nuestra vida. En ese instante crucial se espera de nosotros el último y radical acto libre, el acto de amor que nos definirá en lo que somos, hemos sido y verdaderamente hemos buscado. Según el adagio judío, “Dios creó a los hombres para que con sus vidas le pudieran contar historias”, la historia de nuestra libertad. En esos momentos lo único elocuente será la realidad de lo que hemos sido, no nuestras vanas interpretaciones de nosotros mismos, muchas veces vanidosas, proclives al autoengaño, y, por tanto, falsas y deformadas.